

Verano/12

HISTERICA

(Por loca... como tu madre) Ella: Ay ¡no. No... pará!

El: ¿Cómo no? Si me tenés loco desde que te vi en la pileta, con ese cuerpito divino, tan sensual... dame un beso.

Ella: ¡Ay! No, así no, no puedo. Vas muy rápido. Contame algo más de vos.

El: Usemos la lengua para algo mejor, necesito recorrerte toda.

Ella: ¡Ay! Mirá, yo vengo de dos noviazgos largos y no busco uno más.

El: ¿¡Novios!?... ¡pero no seas taradita, lo que yo quiero es clavártela toda!

Ella: ¡Ay!, pero, ¿por quién me tomaste?

El finalmente hizo lo que vos no querías. Te dejó sola y excitada en la puerta de tu casa.

Ahora te deshacés en lágrimas frente al espejo, porque lo que en realidad buscabas era tenerla adentro desde el primer momento en que lo viste.

Mirate.

Tenés el cuerpo perfecto, pisaste el '93 como si miles de manos te acariciaran y tu voz aniñada te dio ese toque que logró atraparlo.

Estaba todo bien; pero cuando la temperatura emocional empezó a subir, a vos, se te cayó toda la milenaria moralina sobre la cabeza. CRASHHH.

Nena, cruza las piernas. (mami)

Hay mujeres usadas y mujeres para casarse. (un desconocido)

No sólo hay que serlo, sino también parecerlo. (la tía Ma. Beatriz)

Hacete valer querida... o te verán como a una cualquiera. (la abuela)

Ese no te conviene, este sí. (papi)

No es bueno mostrarte muy inteligente ante ellos. (la mejor amiga)

Acordate de que algunas zonas de tu cuerpo están terminantemente prohibidas. (no recuerda)

Ahorra tus virtudes para el padre de tus hijos. (la de higiene)

Los datos de su programa la están tildando. Se contradicen con su deseo y el problema es que usted no se permite gozar. (el psicólogo)

Se acabó. ¡Bull shit!

Destapá tu cerebro, date vuelta y que todo caiga en el agujero de ozono.

Los "rompecabezas" no van más; el juego es "verdad y consecuencia".

Si tu verdad es querer estar con él, llamalo y que la consecuencia sea: ¡gozar a morir!

...Llegás; él está semidormido y sin decirle nada, le das un beso. Te envuelve entre sus brazos y vas descubriendo su casa hasta llegar a la cama.

Está amaneciendo, entre los dos hay una sonrisa de complicidad que los resguarda. Tus manos recorren su cuerpo; conociendo el placer de verlo caliente.

...esa boca... sabrosa... zarpada...

Te mareás y te abrís toda... su lengua te sorprende y tu respiración agita sonidos.

Por primera vez te sentís mujer de verdad. Le pedís más... más... todo.

¡Al fin podés!

Ya nada te detiene. Estallás en pasión.

¡Ahhhhh!

¿Qué?

¿Todavía estás en tu casa deshaciéndote en lágrimas?

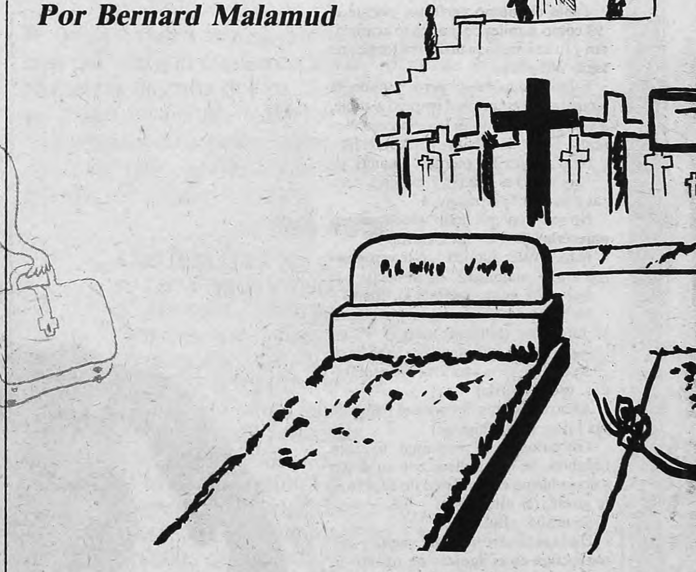
Sos una histérica.

UNA TUMBA PERDIDA

Hijo de inmigrantes rusos y nacido en Nueva York, Malamud fue justamente celebrado tanto por sus ficciones sociales —"El dependiente" o "El hombre de Kiev"— como por tramas que bordeaban lo fantástico —"El barril mágico", "El mejor", "La gracia de Dios"—. El relato que aquí presentamos posee lo mejor de ambos mundos partiendo de una perversión de la burocracia para alcanzar las alturas de lo místico.

De Ficción súbita. *Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Anagrama.*

Por Bernard Malamud



Hecht fue toda su vida una flor tardía.

Una noche lo despertó el ruido de la lluvia contra las ventanas y pensó en su joven esposa en su tumba húmeda. Esto era nuevo para él, porque hacía tantísimos años que no pensaba en su mujer que su recuerdo le hacía sentirse violento. Se imaginó la tumba descubierta, hilillos de agua serpenteando en todas direcciones, y a Celia, con quien se había casado siendo ambos de edad desigual, que yacía sola en medio de una humedad cada vez mayor. Ni una flor crecía en su tumba, aunque él juraría que había contratado cuidado perpetuo.

Irrumpió en sus propios pensamientos, quizá para cubrirla con una sábana de plástico, pero por mucho que rebuscó en el cementerio, entre árboles que chorreaban agua y entre numerosas parcelas empapadas, le resultó imposible localizar su tumba. El sueño que estaba soñando no le facilitaba el nombre, la fila o la parcela de la tumba, y aunque siguió rebuscando durante horas, lo único que sacó en limpio a fin de cuentas fue que se había empapado de pies a cabeza. La tumba había volado. ¿Cómo iba él a tapar a una mujer que no estaba donde tenía que estar? Bueno, es que Celia es así.

A la mañana siguiente Hecht se decidió por fin a levantarse de la cama y se fue a Jamaica en el metro para ver dónde estaba enterrada. Llevaba muchos años sin ir al cementerio, lo cual, por otra parte, no tenía por qué sorprender a nadie en vista de las circunstancias pasadas. Su vida con Celia no había sido precisamente convencional. Y, a pesar de todo, muchas cosas cambian a lo largo de una vida, o por lo menos parecen cambiar. Hecht, no sabía por qué, había empezado últimamente a recordar su vida de manera más vívida. Después de cumplidos los sesenta y cinco años no queda más remedio que aceptar que ciertas cosas que tienen dos aspectos distintos parecen adquirir otro más que complica su imagen cuando se las mira o se las cuenta. Y Hecht las contaba.

Ahora bien, aunque se había pasado toda su vida, más o menos, dedicado a los negocios, Hecht conservaba pocos papeles, y aunque aquella mañana pasó revista al montoncito de papeles, no vio en ellos nada que le sirviese para concretar el paradero actual de Celia, de modo que, después de ir mirando las lápidas un poco al azar durante una hora, acabó diciéndose que era mejor dejarlo y se pasó otra hora en la oficina principal con una joven secretaria que cebó sin resultado alguno su nombre y el de Celia a una computadora de la que no salieron más que fechas de entierro, parcelas y contraparcelas[1], y esto sólo sirvió para irritarlo.

—Mire usted, señorita —dijo Hecht a la joven secretaria, que estaba un tanto confusa—, si no se le puede sacar más a esta máquina tendremos que buscar de otra manera, porque se me está acabando la paciencia. Esta tumba se ha perdido, que yo sepa, y no va a haber más remedio que hacer algo sensato para encontrarla.

—Usted perdone, pero no sé qué se piensa que estoy haciendo.

—Lo que esté usted haciendo, sea lo que sea, nos está sirviendo de muy poco. Esta computadora pasa por tener buena memoria mecánica, pero o se le han oxidado las piezas, o está estropeada. También es cierto que yo tampoco he traído papeles, pero que yo sepa lo único que nos ha dicho hasta ahora su computadora es que no tiene nada que decirnos.

—Nos ha dicho que encuentra dificultades en dar la información que le interesa a usted.

—O sea, nada de nada —dio Hecht—. Me permito recordarle que perder una tumba no es como perder un anillo de casado. Lo que se nos ha perdido es toda la parcela del cementerio donde está enterrada una señora que en otro tiempo fui mi esposa, y eso es exactamente lo que estoy tratando de recuperar.

La bonita joven con quien hablaba Hecht tuvo una conversación apenas audible con un personaje desconocido, y luego se oyó el zumbido del interfono y Hecht recibió permiso para entrar en el despacho del director.

—Mr. Goodman dice que puede usted pasar.

Hecht estuvo a punto de decir: "Bravo, Mr. Goodman", pero se limitó a asentir y seguir a la joven a un despacho interior. Ella llamó a la puerta y se fue. Del otro lado le llegó una voz afable:

—Adelante, adelante.

Mr. Goodman le indicó una silla que había delante de su mesa y Hecht se retrepó en ella mientras el otro cogía un recipiente de un cuarto de litro y escanciaba zumo de naranja en un vasito verde.

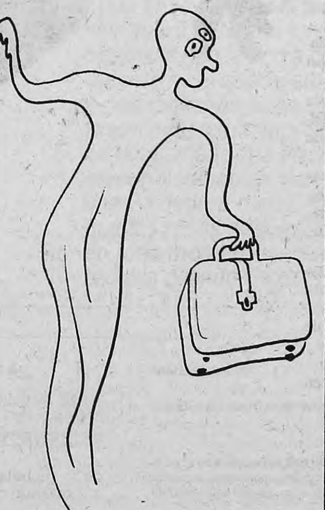
—¿Toma usted un zumito conmigo? —preguntó, indicando el recipiente con un movimiento de cabeza—. Yo suelo tomarme un refresco a esta hora de la mañana. Me equilibra.

—Gracias —dijo Hecht, queriendo decir que tenía cosas más serias en qué pensar—, la razón de que me encuentre aquí es que estoy tratando de localizar la tumba de mi mujer, hasta ahora sin éxito.

Carraspeó, sorprendido de la emoción que se le concentraba en la garganta.

Mr. Goodman observaba a Hecht con interés.

—Su secretaria no consigue dar con ella —siguió Hecht, lamentando no haber encontrado los documentos oportunos con que identificar el lugar de la tumba—, puso a prueba todas las combinaciones posibles de la computadora pero sin ningún resultado. Lo que se había perdido, que es la tumba de una mujer, sigue tan perdido como antes.



—Eso de *perdido* es prematuro —sugirió Goodman—, yo creo que sería mejor decir *desplazado*. Llevo veintiocho años en este negocio y no creo que se nos haya perdido una sola tumba.

El director tecleó suavemente su ordenador personal, examinó la pantalla entrecerrando los ojos y se encogió de hombros:

—Me temo que hemos llegado a un punto muerto. El volumen de la letra de los archivos que usábamos antes de instalar aquí computadoras parece haberse perdido. Le aseguro a usted que este estado de cosas tiene forzosamente que ser provisional.

—Eso es lo que me dijo su señorita.

—No es mi señorita, es una de mis secretarias.

—Dispénseme —dijo Hecht—, no quise ofenderlo.

—Lo mismo le digo —dijo Goodman—, pero seguiremos buscando. ¿Tendría usted la bondad de decirme, si no le importa, cómo eran sus relaciones con su esposa en el momento de su muerte?

Dijo esto mirando por encima de las gafas de media luna para comprobar lo que ponía en el ordenador.

—No había relaciones. Estábamos separados. ¿Qué tiene eso que ver con la parcela del cementerio?

—La razón de que se lo pregunte es que



UNA TUMBA PERDIDA

Hijo de inmigrantes rusos y nacido en Nueva York, Malamud fue justamente celebrado tanto por sus ficciones sociales —"El dependiente" o "El hombre de Kiev"— como por tramas que bordeaban lo fantástico —"El barril mágico", "El mejor", "La gracia de Dios"—. El relato que aquí presentamos posee lo mejor de ambos mundos partiendo de una perversión de la burocracia para alcanzar las alturas de lo místico.

Por Bernard Malamud

De Ficción súbita. *Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Anagrama.*

Hecht fue toda su vida una flor tardía.

Una noche lo despertó el ruido de la lluvia contra las ventanas y pensó en su joven esposa en su tumba húmeda. Esto era nuevo para él, porque hacía tantísimos años que no pensaba en su mujer que su recuerdo le hacía sentirse violento. Se imaginó la tumba descubierta, hilillos de agua serpenteando en todas direcciones, y a Celia, con quien se había casado siendo ambos de edad desigual, que yacía sola en medio de una humedad cada vez mayor. Ni una flor crecía en su tumba, aunque él juraría que había contratado cuidado perpetuo.

Irrumpió en sus propios pensamientos, quizá para cubrirla con una sábana de plástico, pero por mucho que rebuscó en el cementerio, entre árboles que chorreaban agua y entre numerosas parcelas empapadas, le resultó imposible localizar su tumba. El sueño que estaba soñando no le facilitaba el nombre, la fila o la parcela de la tumba, y aunque siguió rebuscando durante horas, lo único que sacó en limpio a fin de cuentas fue que se había empapado de pies a cabeza. La tumba había volado. ¿Cómo iba él a tapar a una mujer que no estaba donde tenía que estar? Bueno, es que Celia es así.

A la mañana siguiente Hecht se decidió por fin a levantarse de la cama y se fue a Jamaica en el metro para ver dónde estaba enterrada. Llevaba muchos años sin ir al cementerio, lo cual, por otra parte, no tenía por qué sorprender a nadie en vista de las circunstancias pasadas. Su vida con Celia no había sido precisamente convencional. Y, a pesar de todo, muchas cosas cambian a lo largo de una vida, o por lo menos parecen cambiar. Hecht, no sabía por qué, había empezado últimamente a recordar su vida de manera más vívida. Después de cumplidos los sesenta y cinco años no queda más remedio que aceptar que ciertas cosas que tienen dos aspectos distintos parecen adquirir otro más que complica su imagen cuando se las mira o se las cuenta. Y Hecht las contaba.

Ahora bien, aunque se había pasado toda su vida, más o menos, dedicado a los negocios, Hecht conservaba pocos papeles, y aunque aquella mañana pasó revista al montoncito de papeles, no vio en ellos nada que le sirviese para concretar el paradero actual de Celia, de modo que, después de ir mirando las lápidas un poco al azar durante una hora, acabó diciéndose que era mejor dejarlo y se pasó otra hora en la oficina principal con una joven secretaria que cebó sin resultado alguno su nombre y el de Celia a una computadora de la que no salieron más que fechas de entierro, parcelas y contraparcelas[1], y esto sólo sirvió para irritarlo.

—Mire usted, señorita —dijo Hecht a la joven secretaria, que estaba un tanto confusa—, si no se le puede sacar más a esta máquina tendremos que buscar de otra manera, porque se me está acabando la paciencia. Esta tumba se ha perdido, que yo sepa, y no va a haber más remedio que hacer algo sensato para encontrarla.

—Usted perdone, pero no sé qué se piensa que estoy haciendo.

—Lo que esté usted haciendo, sea lo que sea, nos está sirviendo de muy poco. Esta computadora pasa por tener buena memoria mecánica, pero o se le han oxidado las piezas, o está estropeada. También es cierto que yo tampoco he traído papeles, pero que yo sepa lo único que nos ha dicho hasta ahora su computadora es que no tiene nada que decirnos.

—Nos ha dicho que encuentra dificultades en dar la información que le interesa a usted.

—O sea, nada de nada —dio Hecht—. Me permito recordarle que perder una tumba no es como perder un anillo de casado. Lo que se nos ha perdido es toda la parcela del cementerio donde está enterrada una señora que en otro tiempo fui mi esposa, y eso es exactamente lo que estoy tratando de recuperar.

La bonita joven con quien hablaba Hecht tuvo una conversación apenas audible con un personaje desconocido, y luego se oyó el zumbido del interfono y Hecht recibió permiso para entrar en el despacho del director.

—Mr. Goodman dice que puede usted pasar.

Hecht estuvo a punto de decir: "Bravo, Mr. Goodman", pero se limitó a asentir y seguir a la joven a un despacho interior. Ella llamó a la puerta y se fue. Del otro lado le llegó una voz afable:

—Adelante, adelante.

Mr. Goodman le indicó una silla que había delante de su mesa y Hecht se retrepó en ella mientras el otro cogía un recipiente de un cuarto de litro y escanciaba zumo de naranja en un vasito verde.

—¿Toma usted un zumito conmigo? —preguntó, indicando el recipiente con un movimiento de cabeza—. Yo suelo tomarme un refresco a esta hora de la mañana. Me equilibra.

—Gracias —dijo Hecht, queriendo decir que tenía cosas más serias en qué pensar—, la razón de que me encuentre aquí es que estoy tratando de localizar la tumba de mi mujer, hasta ahora sin éxito.

Carraspeó, sorprendido de la emoción que se le concentraba en la garganta.

Mr. Goodman observaba a Hecht con interés.

—Su secretaria no consigue dar con ella —siguió Hecht, lamentando no haber encontrado los documentos oportunos con que identificar el lugar de la tumba—, puso a prueba todas las combinaciones posibles de la computadora pero sin ningún resultado. Lo que se había perdido, que es la tumba de una mujer, sigue tan perdido como antes.

—Eso de *perdido* es prematuro —sugirió Goodman—, yo creo que sería mejor decir *desplazado*. Llevo veintiocho años en este negocio y no creo que se nos haya perdido una sola tumba.

El director tecleó suavemente su ordenador personal, examinó la pantalla entrecerrando los ojos y se encogió de hombros:

—Me temo que hemos llegado a un punto muerto. El volumen de la letra de los archivos que usábamos antes de instalar aquí computadoras parece haberse perdido. Le aseguro a usted que este estado de cosas tiene forzosamente que ser provisional.

—Eso es lo que me dijo su señorita.

—No es mi señorita, es una de mis secretarias.

—Dispénseme —dijo Hecht—, no quise ofenderlo.

—Lo mismo le digo —dijo Goodman—, pero seguiremos buscando. ¿Tendría usted la bondad de decirme, si no le importa, cómo eran sus relaciones con su esposa en el momento de su muerte?

Dijo esto mirando por encima de las gafas de media luna para comprobar lo que ponía en el ordenador.

—No había relaciones. Estábamos separados. ¿Qué tiene eso que ver con la parcela del cementerio?

—La razón de que se lo pregunte es que he pensado que así le podría refrescar la memoria. Por ejemplo: ¿Es ése el cementerio que usted busca, el del monte Jereboam? Hay gente que nos confunde con el del monte Hebrón.

—Le aseguro que es el del monte Jereboam.

Al cabo de un momento de vacilación, Hecht dio algunos datos más:

—Mi mujer no era una persona muy estable. Me abandonó en dos ocasiones y desapareció durante meses. Aunque la recibí en mi casa dos veces, no estábamos juntos cuando murió. En una ocasión me amenazó con suicidarse, pero luego no se suicidó. Acabó muriendo de una enfermedad normal, no de cáncer, y eso fue años después, cuando ya no vivíamos juntos, pero así y todo fui yo quien se ocupó del entierro y, desde luego, sin duda alguna, en este cementerio. Tengo entendido que durante algún tiempo vivió con un hombre a quien había conocido no sé dónde, pero cuando ella murió fui yo quien se encargó del entierro. Ahora tengo sesenta y cinco años y últimamente he sentido la necesidad de visitar su tumba, después de todo vivió conmigo en mi juventud. Y ésta es la tumba que ahora todos me dicen que no consiguen localizar.

Goodman se levantó de la silla; era hombre de poca estatura.

—Daré orden de que se proceda a una búsqueda minuciosa.

—Y cuanto más rápida mejor —replicó Hecht—, sigo con curiosidad por saber qué es lo que ha pasado con esa tumba.

Goodman casi soltó una carcajada, pero se contuvo y alargó la mano:

—No se preocupe, lo tendré bien informado.

Hecht salió de allí enfadado. En el tren, de vuelta a la ciudad, pensó en Celia y en sus diversas desdichas. Se lamentó de no haberle dicho a Goodman que ella le había arruinado la vida.

Aquella noche llovió. Hecht notó con sorpresa que había humedad en su almohada.

Al día siguiente volvió al cementerio. "¿Qué es lo que olvidé que debía recordar?", se preguntó. Estaba claro: la parcela, la fila y el número de la tumba. Aunque lo buscó con gran solicitud no hubo forma de encontrar nada. ¿Cómo es posible recordar algo que se ha arrojado para siempre de la memoria? Es como plantar alubias en un saco de alpiste.

—Lo que tengo que hacer es tener paciencia, ya lo encontraré. Con el tiempo acabaré acordándome. Cuando la memoria dice que sí es inútil contestar que no.

Pero pasaban las semanas, y Hecht seguía sin acordarse, por mucho que lo intentaba. "¿Será posible que haya llegado a un punto muerto?".

Al cabo de un mes lo llamaron por fin del cementerio. Era Mr. Goodman, que carraspeaba. Hecht se lo imaginó sentado a la mesa, sorbiendo su zumo de naranja.

—¿Mr. Hecht?

—Al habla.

—Feliz Rosh-ha-shonah[2].

—Igualmente.

—Mr. Hecht, celebro decirle que todo va bien. ¿Quiere usted saber la verdad?

—Adelante, lo que sea —dijo Hecht.

—Bueno, me expresaré mejor. Hemos localizado a su mujer, y resulta que no está en la tumba donde la computadora no conseguía localizarla. Si quiere que le diga la verdad, la hemos encontrado en otra tumba, con un señor.

—¿Qué clase de señor? ¿Quién diablos es? Yo soy su marido legítimo.

—Bueno, pues éste, siento tener que decírselo, es el mismo señor con quien su mujer vivió cuando lo dejó a usted. Estuvieron juntos en distintas épocas, de modo que tampoco tiene por qué sentirlo tanto. Después de morir ella, este sujeto consiguió una orden judicial para que la trasladaran a otra tumba, donde también a él lo enterraron al morir. El juez le proporcionó la orden porque ese señor lo persuadió de que la había querido durante muchos años.

Hecht no entendía nada.

—Pero ¿qué me está diciendo? ¿Cómo pudo hacer trasladar la tumba si no era propiedad legal suya? La tumba de mi mujer me pertenecía a mí. La pagué al contado.

—La tumba sigue donde estaba —explicó Goodman—, pero los apellidos se confundieron. Su apellido es Kaplan, pero a ella la enterraron con el de Caplan. La tumba de usted sigue en el cementerio, lo que pasa es que la teníamos archivada con el apellido Kaplan, no Hecht. Le pido mil excusas por este error, pero me parece que ya hemos resuelto el misterio.

—Bueno, pues muchas gracias —dijo Hecht.

Se dijo que había perdido una esposa, pero por lo menos ya no era viudo.

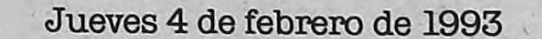
—Ah, y otra cosa —le recordó Goodman—, no olvide que ha salido ganando una tumba para uso futuro. Está vacía y la parcela le pertenece a usted.

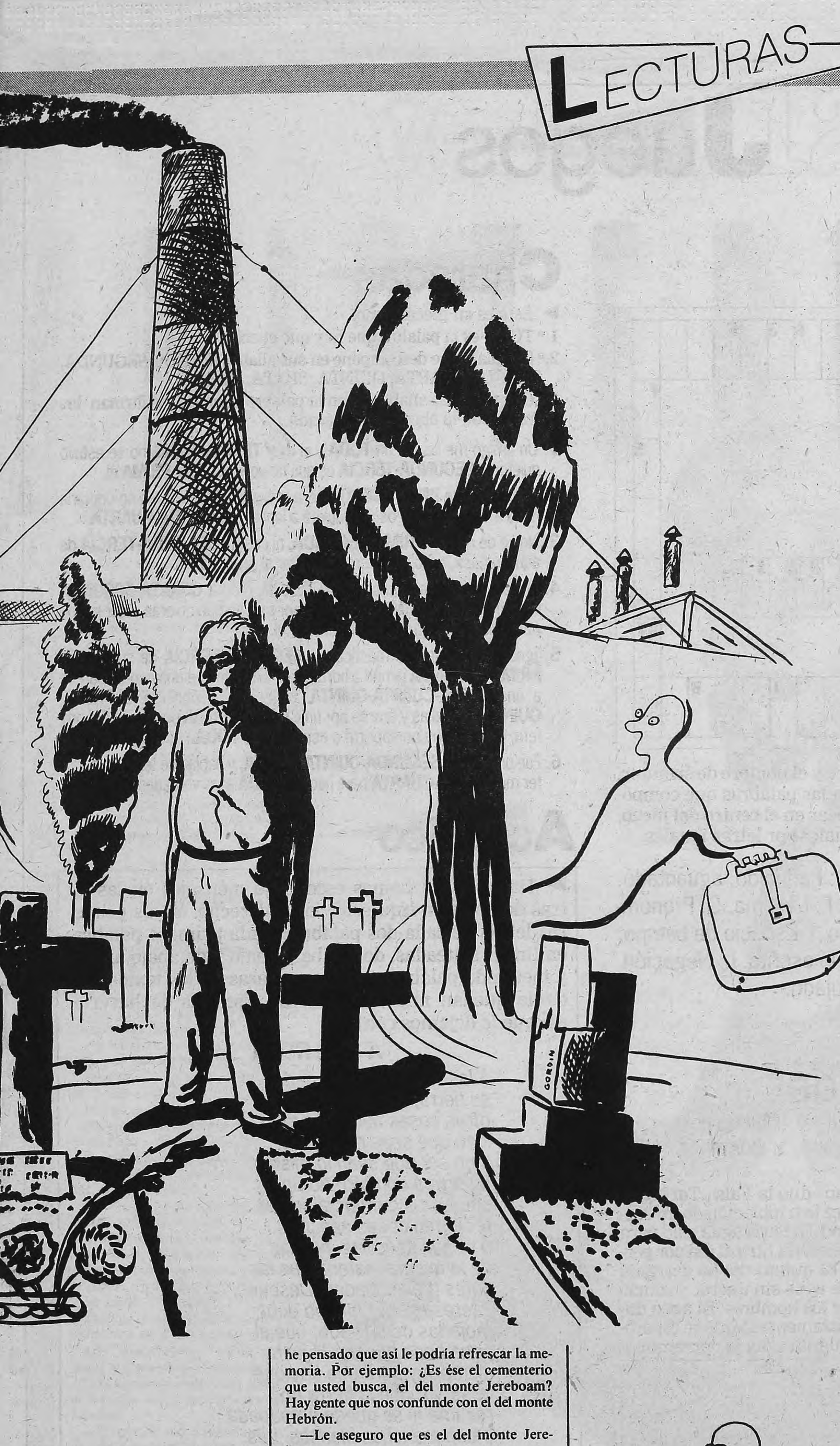
Hecht dijo que la cosa era evidente.

El asunto éste lo había dejado pasmado. Y, sin embargo, cada vez que le entraban deseos de contárselo a algún conocido, o a alguna persona a quien acabara de conocer, algo lo frenaba en su interior.

[1] Juego de palabras intraducible: *grave plots and counter plots*, puede significar "graves complots y contra complots", o "parcelas y contraparcelas de tumbas". *Grave*: grave (en ambos sentidos) y tumba; *plot*, complot y parcela, además de trama o argumento y otras acepciones secundarias (*N. del T.*).

[2] Fiesta religiosa judía que equivale ahora al comienzo del año religioso, en setiembre u octubre (*N. de la T.*).





he pensado que así le podría refrescar la memoria. Por ejemplo: ¿Es ése el cementerio que usted busca, el del monte Jereboam? Hay gente que nos confunde con el del monte Hebrón.

—Le aseguro que es el del monte Jereboam.

Al cabo de un momento de vacilación, Hecht dio algunos datos más:

—Mi mujer no era una persona muy estable. Me abandonó en dos ocasiones y desapareció durante meses. Aunque la recibí en mi casa dos veces, no estábamos juntos cuando murió. En una ocasión me amenazó con suicidarse, pero luego no se suicidó. Acabó muriendo de una enfermedad normal, no de cáncer, y eso fue años después, cuando ya no vivíamos juntos, pero así y todo fui yo quien se ocupó del entierro y, desde luego, sin duda alguna, en este cementerio. Tengo entendido que durante algún tiempo vivió con un hombre a quien había conocido no sé dónde, pero cuando ella murió fui yo quien se encargó del entierro. Ahora tengo sesenta y cinco años y últimamente he sentido la necesidad de visitar su tumba, después de todo vivió conmigo en mi juventud. Y ésta es la tumba que ahora todos me dicen que no consiguen localizar.

Goodman se levantó de la silla; era hombre de poca estatura.

—Daré orden de que se proceda a una búsqueda minuciosa.

—Y cuanto más rápida mejor —replicó Hecht—, sigo con curiosidad por saber qué es lo que ha pasado con esa tumba.

Goodman casi soltó una carcajada, pero se contuvo y alargó la mano:

—No se preocupe, lo tendré bien informado.

Hecht salió de allí enfadado. En el tren, de vuelta a la ciudad, pensó en Celia y en sus diversas desdichas. Se lamentó de no haberle dicho a Goodman que ella le había arruinado la vida.

Aquella noche llovió. Hecht notó con sorpresa que había humedad en su almohada.

Al día siguiente volvió al cementerio. "¿Qué es lo que olvidé que debía recordar?", se preguntó. Estaba claro: la parcela, la fila y el número de la tumba. Aunque lo buscó con gran solicitud no hubo forma de encontrar nada. ¿Cómo es posible recordar algo que se ha arrojado para siempre de la memoria? Es como plantar alubias en un saco de alpiste.

—Lo que tengo que hacer es tener paciencia, ya lo encontraré. Con el tiempo acabaré acordándome. Cuando la memoria dice que sí es inútil contestar que no.

Pero pasaban las semanas, y Hecht seguía sin acordarse, por mucho que lo intentaba. "¿Será posible que haya llegado a un punto muerto?".

Al cabo de un mes lo llamaron por fin del cementerio. Era Mr. Goodman, que carraspeaba. Hecht se lo imaginó sentado a la mesa, sorbiendo su zumo de naranja.

—¿Mr. Hecht?

—Al habla.

—Feliz Rosh-ha-shonah[2].

—Igualmente.

—Mr. Hecht, celebro decirle que todo va bien. ¿Quiere usted saber la verdad?

—Adelante, lo que sea —dijo Hecht.

—Bueno, me expresaré mejor. Hemos localizado a su mujer, y resulta que no está en la tumba donde la computadora no conseguía localizarla. Si quiere que le diga la verdad, la hemos encontrado en otra tumba, con un señor.

—¿Qué clase de señor? ¿Quién diablos es? Yo soy su marido legítimo.

—Bueno, pues éste, siento tener que decírselo, es el mismo señor con quien su mujer vivió cuando lo dejó a usted. Estuvieron juntos en distintas épocas, de modo que tampoco tiene por qué sentirlo tanto. Después de morir ella, este sujeto consiguió una orden judicial para que la trasladaran a otra tumba, donde también a él lo enterraron al morir. El juez le proporcionó la orden porque ese señor lo persuadió de que la había querido durante muchos años.

Hecht no entendía nada.

—Pero ¿qué me está diciendo? ¿Cómo pudo hacer trasladar la tumba si no era propiedad legal suya? La tumba de mi mujer me pertenecía a mí. La pagué al contado.

—La tumba sigue donde estaba —explicó Goodman—, pero los apellidos se confundieron. Su apellido es Kaplan, pero a ella la enterraron con el de Caplan. La tumba de usted sigue en el cementerio, lo que pasa es que la teníamos archivada con el apellido Kaplan, no Hecht. Le pido mil excusas por este error, pero me parece que ya hemos resuelto el misterio.

—Bueno, pues muchas gracias —dijo Hecht.

Se dijo que había perdido una esposa, pero por lo menos ya no era viudo.

—Ah, y otra cosa —le recordó Goodman—, no olvide que ha salido ganando una tumba para uso futuro. Está vacía y la parcela le pertenece a usted.

Hecht dijo que la cosa era evidente.

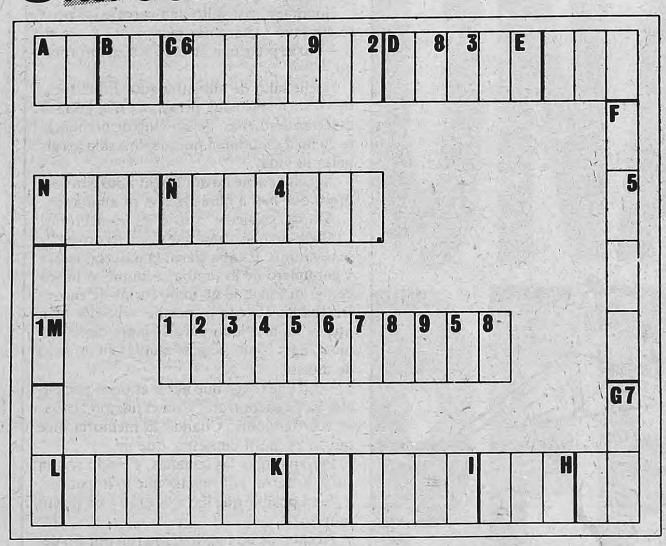
El asunto éste lo había dejado pasmado. Y, sin embargo, cada vez que le entraban deseos de contárselo a algún conocido, o a alguna persona a quien acabara de conocer, algo lo frenaba en su interior.

[1] Juego de palabras intraducible: *grave plots and counter plots*, puede significar "graves complots y contra complots", o "parcelas y contraparcelas de tumbas". *Grave*: grave (en ambos sentidos) y tumba; *plot*, complot y parcela, además de trama o argumento y otras acepciones secundarias (*N. del T.*).

[2] Fiesta religiosa judía que equivale ahora al comienzo del año religioso, en setiembre u octubre (*N. de la T.*).

Juegos

Cita definida



► Se trata de averiguar una cita célebre y el nombre de su autor. Resuelva las definiciones que le darán las palabras que componen la cita. El nombre del autor, a colocar en el centro del juego, se obtendrá sustituyendo números iguales por letras iguales.

A:Negación. B. Símbolo del helio. C: Padecido, aguantado. D: Jamás. E: Artículo, en femenino. F: Lástima. G: Pronombre relativo. H: Artículo, en femenino. I: Espacio de tiempo. J: Preposición. K: Interpretación de lo escrito. L: Negación. M: A mí. N: Tenga. Ñ: Robado, despojado.

Alicia en el país de las adivinanzas

¿CUANTA AGUA SE DERRAMO?

–¿Y qué les pasó a esos hombres? –preguntó Alicia preocupada después de resolver el acertijo.

–Todos fueron rescatados –respondió la Tortuga.

–¿Y qué es lo que tiene la historia de triste? –preguntó Alicia.

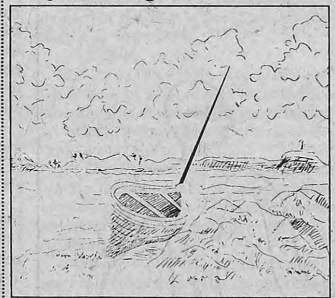
–Pues imagínate –dijo la Tortuga– ¡que no les hubieran rescatado!

–O sea –dijo el Grifo– , que *podría* haber sido una historia triste, ¡pero no lo fue!

–Es una historia muy triste –dijo la Falsa Tortuga empezando de nuevo a llorar.

–Venga, dinos otro –dijo el Grifo.

–Bueno –dijo la Falsa Tortuga–, esta vez la tripulación de un barco hundido tenía agua sólo para trece días, un litro al día por persona. El quinto día se derramó algo de agua sin querer y murió uno de los hombres. El agua duró exactamente lo que se esperaba. ¿Cuánta agua se derramó?



Charadas

► Este es su mecanismo:

1.º TODA es la palabra que hay que encontrar.

2.º La palabra se descompone en sus sílabas (PRIMA, SEGUNDA, TERCIA, CUARTA, QUINTA, SEXTA, etcétera).

3.º Con todas las sílabas y con la palabra completa se forman las frases con la clave de la charada.

1. Un amigo me llevó a un **TODA** y el muy **TERCIA-PRIMA** no se estuvo quieto, lo **SEGUNDA-TERCIA** es que no volveré a salir **PRIMA** él.
2. Puede que se **PRIMA-SEGUNDA** a ello el **TODA**, pero yo no contaría nada a **TERCIA** amigos, ni siquiera a la vieja **SEGUNDA-CUARTA**.
3. No sé de qué se **PRIMA-SEGUNDA**, ni cuánto **SEGUNDA-TERCIA** de aquí su casa, pero no quiero ir a visitar al gran **TODA**.
4. No creo que sea bueno que te **TERCIA** crema **CUARTA-SEGUNDA** vez que te da el **PRIMA** en la cara, por mucho que quieras estar guapa para cuando salga la **TODA** del cuartel.
5. Ignoro si los árabes mastican la **SEGUNDA-TERCIA** de su té, ni si **PRIMA-SEGUNDA** jamón a hurtadillas, si creen que una hurí se parece a una **PRIMA-CUARTA-QUINTA**, si les gusta ponerse la **PRIMA-QUINTA** de mallas y tirarse por un **CUARTA-PRIMA** por orden del profeta, pero sé que no soporto a este pesado **TODA**.
6. Fue una época **SEGUNDA-QUINTA-TERCIA**, y había que tener un carácter muy **PRIMA-CUARTA** para hacerle **TODA** a las verdades oficiales.

Acróstico

► Hasta ahora hemos escondido mensajes en las letras del margen izquierdo, en el derecho, en las primeras letras de cada dos palabras, cada primera palabra, en líneas salteadas, de arriba a abajo y de abajo arriba y metiendo palabras y líneas enteras en los textos. Todavía quedan muchas maneras distintas de hacerlo, así que le dejamos con ello.

A UNA ROSA

A las rosas hay que darles
su tierra, agua y mucha luz,
otras cosas habrá, pero es
raro que sean necesarias,
a no ser que sean lo mismo
de arriba con otro nombre,
apelativos comerciales que
recubren cosas sencillas
o no tan sencillas, hechas
de la misma materia que las
antes mencionadas. Después,
interesa saber que no debe
mojarlas demasiado, que el
agua tiene que ser la justa
siempre y para eso hay que
observar que la tierra no
rezume ni se quede empapada
o con manchas blancas. Las
rosas beben con moderación,
en la misma forma en la que
ingeriría su bebida diaria
una verdadera dama. Recuerde
que las rosas deben amarse
en todo momento y mucho más
todavía cuando florecen.

Soluciones

ALICIA EN EL PAIS DE LAS ADIVINANZAS:

¿Cuánta agua se derramó?: El quinto día, antes de que se derramara el agua, quedaba agua para ocho días. El agua derramada le habría durado ocho días al hombre que murió, así que se derramaron ocho litros.

CITA DEFINIDA:

"No he sufrido nunca una pena que una hora de lectura no me haya quitado."

Montesquieu

CHARADAS:

1. Concierto. 2. Prestamista. 3. Tratadista. 4. Soldadesca. 5. Comentarista. 6. Refutaciones.

ACROSTICO:

Leyendo sólo la primera letra de cada línea, de abajo a arriba, se tiene el siguiente mensaje:

"Te quiero Rosa, mi adorada Rosa."